

M. CÁNDIDA - SAN JOSÉ

M^a del Carmen Cruz, FI



Era imposible que un santo tan grande como es el bendito San José no estuviera presente en la vida de la M. Cándida. Lo estuvo. Y muy presente. Incluso **en los edificios** que habitó. Veamos.

Comenzamos con la salmantina “**casa de San José**”. En la fachada de esta casa barroca está situada una hornacina con el santo que le da el nombre. En esta casa estuvo instalada la **Inclusa**. De ahí que presidiera la fachada S. José, el santo protector de la infancia. Fue después **Hospicio** y, más tarde, su nuevo propietario la destinaría a **viviendas**. Una de aquellas habitaciones del primer piso, no nos consta si a la derecha o a la izquierda, fue alquilada para las primeras Hijas de Jesús. Pues bien, este santo tuvo que mirar complacido a Juana Josefa al verla exclamar emocionada, de rodillas ante el umbral de la puerta: “Aquí mi paz, aquí mi descanso para siempre”. Como complacido contempló la “noche en vela” de esta joven y de sus primeras acompañantes en el nuevo camino emprendido aquel 8 de diciembre de 1871. Aunque no contamos con el texto íntegro de la “fervorosísima exhortación” que el P. Herranz dirigió a aquellas aprendices de fundadoras, es casi seguro que en ella no faltaría una referencia al santo titular de la casa.

Desde su hornacina el santo contemplaría sonriente la llegada de portadores con pequeños pero delicados obsequios que cruzaban su umbral: las flores “de parte de la Sra. Marquesa”, para el altar, en una determinada festividad y el chocolate que un criado del Sr. Obispo les hacía llegar para el desayuno de “un día de campanillas”.



También oiría, desde un sitio tan privilegiado, la voz inconfundible del P. Herranz dando normas a la nueva fundadora para perfeccionar su escritura y para dar personalidad a una firma que tendría que estampar sobre el papel miles de veces. Y escucharía en los momentos adecuados los rezos fervorosos y la comunicación alegre de aquellas hermanas.

Tampoco conocemos el texto de las oraciones hechas por las hermanas antes de retirarse a descansar, pero ¿podemos dudar de que en esta súplica del final del día no estuviera presente el gran San José? Juana Josefa, Emilia, Juana, Petra, Gertrudis y Cipriana, de rodillas en aquella capilla improvisada de la “casa de San José”, harían la última oración del día invocando al bendito San José para que velara su sueño. Un sueño poblado de “sueños” luminosos. Conscientes de que “eran pocas en número y en calidad todavía menos”, rezaban a la Virgen, a San José y a todos los santos. Se sentían tan pobres, tan pequeñas... Como pobre era el ramo de flores que habían depositado sobre el pequeño altar. Con él se había acercado hasta allí la marquesa de Castellanos, emocionada al descubrir la osadía y grandeza de Cándida María de Jesús. Acababan de presentársela en la Clerecía y, desde entonces, se convirtió en una bienhechora insigne de la nueva congregación nacida en su tierra.

Entre sus **amistades**, muchas llevaban el nombre de San José: D^a Vicenta San José, muy amiga de la familia Sabater en cuya casa, en Burgos, estuvo como sirvienta la joven vascongada, Juana Josefa.

¿Y cómo no recordar aquí al querido P. Miguel San José Herranz, quien tuvo un lugar preferente en la obra de la M. Fundadora?

Pero, vamos a remontarnos a los primeros años de vida de Juana Josefa, futura M. Cándida. Recordemos una diaria escena mañanera que se daría sin duda en su casa.

Ella, como todos los niños nacidos en Euskadi –allí era costumbre ancestral que la abuela bendijera a la nieta cada mañana- recibiría la bendición de la suya: “Jesús, María, José, santa Ana y san Joaquín, que los cinco sean con nosotras y nosotras con ellos para juntas ir al cielo”. No podía haber un despertar más bonito.

Una pequeña curiosidad más. El padrino de bautismo de la pequeña Juana Josefa no pudo asistir a la ceremonia del bautizo pero lo sustituyó un tal Miguel Antoni de Carrea, de profesión “sencillo ebanista” del pueblo. Ebanista. Como el santo de Nazaret.

Juana Josefa Cipitria, era la mayor de las tres hermanas que llevan el nombre del santo: Juana Josefa, Josefa Ignacia y Josefa Jerónima. ¿Es que en Andoain había tanta devoción

por San José? Porque también su abuela, con la que vivió desde pequeña, se llamaba Josefa. Josefa Antonia. Y su abuelo paterno, José Ignacio de Cipitria. Y una tía. Precisamente el marido de esta fue quien la encontró un día, y bien temprano, en el monte. “A ver a la Virgen”. A ella, de pequeña, la llamaban Juanaxepa. Mucho se honraba al santo en esa familia.

En la iglesia de Santa María de Tolosa había una capilla dedicada a S. Ignacio. El libro que este santo llevaba en su mano llamó la atención de la pequeña Juana Josefa: “Santo mío, yo quiero hacer lo que dices en tu libro”. ¿No habría otra capilla dedicada a S. José? ¿Y qué le inspiraría el niño que este santo lleva en sus brazos?

Pero sí que la había en la iglesia de los Escolapios de la misma ciudad de Tolosa. La M. Cándida, de rodillas ante el Sagrario, oraba intensamente. En un momento dado alzó la vista y se encontró con la imagen de San José colocada en la parte superior del altar. De golpe comprendió cuánto sufrimiento le estaba reservado en aquella fundación. Y allí mismo le prometió al santo que levantaría un colegio en **Tolosa** y le pondría su “Colegio de San José”.

Muchos más **colegios** fundados por la M. Cándida llevaron el nombre de S. José:

Pitillas. El Colegio de San José, de la villa navarra de **Pitillas**, fue inaugurado el 12 de octubre de 1888 y fue llamado “de San José “en atención a D. José Cadena y Eleta, obispo de Vitoria y promotor de este colegio. “Resulta muy hermoso –diría en la inspección de las obras- pero me va a costar mucho dinero”.

El siguiente fue el Colegio de San José de **Coca**, inaugurado el 22 de enero de 1893, como consta en el acta de esta villa. Desconocemos el porqué de esta titulación. Quizá fuera por la cantidad de niños, más de ciento, que se encontraban correteando por las calles de esa villa. “A la M. Cándida –dijeron- le brillaban los ojos al contemplarlos”. ¿Le recordarían al bendito San José mirando embelesado a su Jesús niño?

Y después llegó el Colegio de San José de **Medina del Campo**, que abriría sus clases el 8 de octubre de 1896. Mucho le costó a la M. Cándida entenderse con el fundador D. Isidoro Sanz quien a toda costa quería un colegio de Religiosas en Medina. Contaba para ello con el dinero de su difunta hermana Regina. Pero el carácter de este sacerdote no era muy templado y no se lo ponía fácil a la M. Cándida. Por fin, después de muchas entrevistas en las que siempre intervenía, para complicar las cosas, la señora Sabina, su ama de llaves, llegó el acuerdo. Y Medina tuvo su colegio que abriría sus clases el 8 de octubre de 1896. Tercer colegio que llevaría el nombre de San José y que contaría con su bendición.



Siempre tuvo San José “pequeños detalles” con las Hijas de Jesús. ¿Pues no se habían aprobado las Constituciones de la Congregación un 25 de noviembre, festividad de los Desposorios de María Santísima con el santísimo Patriarca, y que fueron firmadas por Fray Joaquín Lluch, obispo de Salamanca, en 1873?

Son más de treinta las **cartas en las que la M. Cándida hace alusión a San José**.

Unas veces será para darle gloria. *“Gloria a Dios, a su inmaculada Madre y a su adoptivo Padre San José”* (c. 15).

O para afirmar que le reza: *“A él encomiendo a los difuntos queridos”*. (c. 99).

Pide, a la vez, que recen por ella: *“Empiece toda la comunidad una novena a San José por una intención, que estoy en unos apuros terribles”*. (c.26).

Anima a tener confianza en él *“porque puede mucho en el cielo”*. (c. 180).

Deben acudir a él pues es protector de la buena muerte: *“Benditos sean Jesús, María y José, que nos asistan en la vida y en la muerte y nos lleven al cielo a cantar sus alabanzas eternamente”*. (c. 38).

Pero, antes, se ha de vivir en santidad: *“Vivamos santamente y, en aquel tremendo momento, entreguemos nuestras almas en sus brazos”*. (c. 40)

Anima a tener confianza en él, porque puede mucho en el cielo. En verdad, es precioso este párrafo: *“Quiera Dios que vayamos todas al cielo para alabarlo allí por toda la eternidad. ¡Qué dicha! Allí, con la Virgen y en compañía de todos los santos por siempre jamás. Amén.”* (c.46).

Y ésta como colofón, escrita en 1985:

“Supongo que estaría muy bien la fiesta o función del patriarca y bendito S. José. Este santo mucho, muchísimo puede con Dios. ¡Oh! ¡Quién pudiera imitar sus virtudes! ¡Qué silencio! ¡Qué modestia! ¡Qué paciencia! ¡Qué presencia de Dios! ¡Qué humildad! ¡Qué pobreza! ¡Qué castidad! ¡Qué obediencia! ¡Qué oración! ¡Qué amor a Jesús y María! ¡Qué santificarse en el trabajo y todos los momentos de su hermosa vida! ¡Qué santa su preciosa muerte! Dichosas somos nosotras si le amamos de veras. Él velará sobre nuestro cuerpo y guardará nuestra alma para que sirvamos a Dios en esta vida, y después cantaremos sus alabanzas en el cielo con Jesús, María y José. Amén.